

FELICIA.

La joven señora de Hardon consideró era del caso hablar a su hermano a solas. Fundándose en la experiencia de seis meses de casado, se impuso el deber de vestir cantablemente la conducta de éste en sus relaciones con el bello sexo; y al encontrarse ella con él una tarde en la estación de Brighton, sus sospechas naturalmente se despertaron, cuando le vio dejar entusiasmado en un coche a una compañera de viaje, antes de siquiera volverse a saludarla.

—¿Quién era tu compañera Francisco? preguntó ella, mientras tomaban el té, después de haber llegado a sus deliciosas habitaciones.

Francisco Neville, joven alto y de esbelta figura, como de unos veinte y siete años, se levantó de su asiento y apoyándose en la chimenea, contestó riéndose: —Debo confesar, Luisa, que nunca das en el clavo cuando estás inclinada a la curiosidad. Supongo que te dijera, no lo sé...

—Pero, yo veo que sí lo sabes, repitió la señora de Hardon.

—No precisamente, contestó él. Es una señorita de Perry, y después de haber viajado juntos desde Victoria, viene a hacer conocimiento con ella en Preston Park, donde notó que había perdido sus portamonedas, o que se lo había olvidado en casa. Alguien se había encargado de comprar su billete, y según las apariencias había olvidado el entregarle éste y el portamonedas, y me vi precisado a pagar por ella, a fin de hacer callar al individuo. También supe que ella venía a Brighton, con el objeto de cuidar a una hermanita que estaba convaleciente de una larga enfermedad que tuvo en el colegio; siendo esto cuanto sé de ella. Y ahora me ocurre, hermana mía, una idea que creo excelente, y es que tú de vez en cuando fueras allá y la llevaras contigo a pasar en coche.

—¿Por qué me dices eso? preguntó ella, mirando a su hermano con una mirada que expresaba sorpresa y alegría.

—¿Por qué me dices eso? preguntó ella, mirando a su hermano con una mirada que expresaba sorpresa y alegría.

—¿Por qué me dices eso? preguntó ella, mirando a su hermano con una mirada que expresaba sorpresa y alegría.

—¿Por qué me dices eso? preguntó ella, mirando a su hermano con una mirada que expresaba sorpresa y alegría.

—¿Por qué me dices eso? preguntó ella, mirando a su hermano con una mirada que expresaba sorpresa y alegría.

—¿Por qué me dices eso? preguntó ella, mirando a su hermano con una mirada que expresaba sorpresa y alegría.

—¿Por qué me dices eso? preguntó ella, mirando a su hermano con una mirada que expresaba sorpresa y alegría.

—¿Por qué me dices eso? preguntó ella, mirando a su hermano con una mirada que expresaba sorpresa y alegría.

—¿Por qué me dices eso? preguntó ella, mirando a su hermano con una mirada que expresaba sorpresa y alegría.

—¿Por qué me dices eso? preguntó ella, mirando a su hermano con una mirada que expresaba sorpresa y alegría.

—¿Por qué me dices eso? preguntó ella, mirando a su hermano con una mirada que expresaba sorpresa y alegría.

—¿Por qué me dices eso? preguntó ella, mirando a su hermano con una mirada que expresaba sorpresa y alegría.

—¿Por qué me dices eso? preguntó ella, mirando a su hermano con una mirada que expresaba sorpresa y alegría.

—¿Por qué me dices eso? preguntó ella, mirando a su hermano con una mirada que expresaba sorpresa y alegría.

—¿Por qué me dices eso? preguntó ella, mirando a su hermano con una mirada que expresaba sorpresa y alegría.

—¿Por qué me dices eso? preguntó ella, mirando a su hermano con una mirada que expresaba sorpresa y alegría.

—¿Por qué me dices eso? preguntó ella, mirando a su hermano con una mirada que expresaba sorpresa y alegría.

—¿Por qué me dices eso? preguntó ella, mirando a su hermano con una mirada que expresaba sorpresa y alegría.

—¿Por qué me dices eso? preguntó ella, mirando a su hermano con una mirada que expresaba sorpresa y alegría.

—¿Por qué me dices eso? preguntó ella, mirando a su hermano con una mirada que expresaba sorpresa y alegría.

—¿Por qué me dices eso? preguntó ella, mirando a su hermano con una mirada que expresaba sorpresa y alegría.

—¿Por qué me dices eso? preguntó ella, mirando a su hermano con una mirada que expresaba sorpresa y alegría.

bien determinada aunque lo hubiese querido hacer. Siendo hija de un abogado distinguido, cuyo mayor placer era reunirse en su salón a hombres notables de diferentes profesiones, Felicia se había acostumbrado desde la infancia a una sociedad de alta categoría y cultura; y Neville indispensablemente tendría que sufrir en su comparación con muchos de los hombres que se encontraban en el círculo de amigos del letrado. Por otra parte, la buena figura y varonil continente de Neville, así como su sencillez, franqueza y cariñoso natural, habían ya interesado bastante a Felicia, porque esas cualidades en el hombre rara vez dejan de ser apreciadas por la mujer.

Si él hubiera esperado un poco, se habría ahorrado muchos malos ratos; pero no tuvo la penetración suficiente para ello, y cuando llegó el último día de su permanencia en Brighton, se apresuró a hacer una declaración de amor, que fue rechazada con una suave negativa.

Sin embargo, no se abatió él tanto como podía esperarse en semejantes circunstancias; pues comprendió que su principal error consistía en haber procedido muy de ligero y resolvió aguardar algún tiempo, con esperanzas de mejor resultado. Neville se fué a Irlanda a cumplir con una prometedora visita a un amigo suyo, el señor Stedal y al poco tiempo las familias de Perry y de Hardon volvieron a la ciudad para las Pascuas.

Felicia no había olvidado su colquio amoroso en Brighton, pues la duda estaba perseverante como la esperanza. A Felicia ya la perseguía continuamente la idea de que había cometido una equivocación.

Un domingo se esparció por Londres con la velocidad de un relámpago la terrible noticia de un asesinato en Irlanda. —Asesinato del Sr. Neville, gritaban en alta voz los vendedores de periódicos por las calles de la gran ciudad. «¡No ble lucha del Sr. Stedal con el asesino!»

Felicia Perry se encontraba reunida con su madre y Anita, cuando oyó aquellas terribles palabras. Una exclamación de angustia repentina se escapó de sus pálidos labios y Felicia se dejó caer en su silla, cubriéndose la cara con las manos.

La señora de Perry miró atónita a su hija, pero Anita todo lo comprendió al momento, y se apresuró a decirle al oído a su madre la causa de la angustia de Felicia. La madre sumamente afligida, hizo trasladar a Felicia a su propio cuarto.

El golpe había sido terrible; toda la noche estuvo Felicia, no inquieta, ni llorosa, sino presa de un estupor mortal; parecía fuera de conocimiento, y solo comprendía que amaba a Neville, y que por alguna razón terrible y misteriosa iba a ser muy desgraciada en este amor.

A la mañana siguiente Anita entró corriendo en el oscuro cuarto, con el periódico de ese día, en sus manos, y mientras Felicia la miraba distraída y silenciosa, la veheemente y curiosa niña echó los brazos al cuello de su hermana, y exclamó gozosa, derramando copiosas lágrimas: —Querida mía, no te aflijas; tenemos buenas noticias que darte; en los primeros partes se confundieron los nombres. El señor Stedal es el muerto, y el señor Neville, el que luchó con el asesino. Está gravemente herido... ¡yo vivo!

Nueva vida y color aparecieron rápidamente en el rostro de Felicia; se incorporó inmediatamente a fin de poder leer por sí misma la verdadera relación en la cual se alojaba mucho a Neville, por su valor al apoderarse del asesino, arriesgando su propia vida en esa lucha. Felicia dió libre expansión a su alegría; su felicidad era demasiado grande en aquel momento para sentirse avergonzada al recordar la manera como se había denunciado a sí misma en presencia de su madre y de Anita, estando además persuadida de que era el más secreto enajenado.

—Anita, dijo Felicia, en voz baja y suspirando, si le hubieran muerto, yo no lo habría podido resistir.

Como dos semanas después se presentó Neville en el elegante salón de su hermana, en Kensington, con el brazo vendado, y una gran herida, apenas curada, en la frente. Ella le recibió con marcadas demostraciones de júbilo y orgullo por sus recientes proezas y por verle ya salvo. Ella seguía afirmando: —Francisco, ¿sabes una cosa? yo no te había invitado a mi soirée musical del martes próximo, porque esperaba a las de Perry y creí que tú preferirías no encontrarte con la señorita de ese nombre; pero ahora que eres el héroe del día tu ausencia llamaría tanto la atención, que espero vengas. —¿Te parece mal esto?

—Luisa, replicó el hermano; pensaba venir de todos modos. No imagines que hubiera dejado de asistir simplemente por no estar invitado. Además, te equivocas al creer que tengo el menor inconveniente en encontrarme con la señorita de Perry; nada me sería más grato.

—De veras, Francisco? exclamó la señora de Hardon rebotada; me consuela mucho saber eso. Mira, yo no podía fácilmente evitar su presencia en la reunión, porque me ofreció obsequiarme con una canción, y no se me ocurría que hacer.

Un rato después, Felicia fué invitada a cantar; un profundo silencio reinó por toda la sala, pues una voz como la suya no se oía con frecuencia. Nunca, en su vida, se había sentido Felicia tan alterada ni tan incapaz de calmar los latidos de su corazón, y, a pesar de esto, su canto fué de más efecto; porque ese mismo ligero temblor casi imperceptible en su pura voz de contralto, añadió más dulzura y sentimiento de lo que jamás había manifestado ella; y dijo majestralmente la antigua balada inglesa que había escogido para cantar aquella noche.

Al terminar el canto de Felicia, Neville se aprovechó inmediatamente de la oportunidad para llevarla del brazo fuera de la sala, con el pretexto de hacerle tomar un poco de helado. Pero, cuando llegaron a la galería, él siguió la idea de que allí estaba mucho más agradable la temperatura y se podría ir más a gusto gran talento, pero hay algo en él que no tenía mucha injeniería y honrad.

—¿Por qué me dices eso? preguntó ella, mirando a su hermano con una mirada que expresaba sorpresa y alegría.

—¿Por qué me dices eso? preguntó ella, mirando a su hermano con una mirada que expresaba sorpresa y alegría.

—¿Por qué me dices eso? preguntó ella, mirando a su hermano con una mirada que expresaba sorpresa y alegría.

—¿Por qué me dices eso? preguntó ella, mirando a su hermano con una mirada que expresaba sorpresa y alegría.

—¿Por qué me dices eso? preguntó ella, mirando a su hermano con una mirada que expresaba sorpresa y alegría.

—¿Por qué me dices eso? preguntó ella, mirando a su hermano con una mirada que expresaba sorpresa y alegría.

—¿Por qué me dices eso? preguntó ella, mirando a su hermano con una mirada que expresaba sorpresa y alegría.

—¿Por qué me dices eso? preguntó ella, mirando a su hermano con una mirada que expresaba sorpresa y alegría.

—¿Por qué me dices eso? preguntó ella, mirando a su hermano con una mirada que expresaba sorpresa y alegría.

—¿Por qué me dices eso? preguntó ella, mirando a su hermano con una mirada que expresaba sorpresa y alegría.

FERROCARRILES DEL ESTADO.

SECCION DE VALPARAISO A SANTIAGO.

TARIFAS DE CARGA.

NOMENCLATURA DE LA CARGA.

LOS ARTICULOS NO CLASIFICADOS PAGARAN TARIFA DE PRIMERA CLASE.

ARTICULOS Clase ARTICULOS Clase

Abonos envasados, PP. 4

Abonos, P.F.C.C. 6

Acidos, P.F.C.C. 6

Acidos (nitrico, sulfu- rico y fosforico), P.F.C.C. 6

Acidos (nitrico, sulfu- rico y fosforico), P.F.C.C. 6

Adobes sin responsa- bilidad por quiebras, P.F.C.C. 5

Adobes, P.F.C.C. 5

Alfalfa, P.F.C.C. 5

Tejas, P.F.C.C. 5

Tierras envasadas, P.F.C.C. 5

Tierras, P.F.C.C.